



Las comparaciones son odiosas

«Refiriéndose a algunos que confiaban en sí mismos como justos y despreciaban a los demás, dijo también esta parábola:

«Dos hombres subieron al Templo para orar; uno era fariseo y el otro, publicano. El fariseo, de pie, oraba para sí: "Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago la décima parte de todas mis entradas".

En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se animaba siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador!".

Les aseguro que este último volvió a sus casa justificado, pero no el primero. Porque todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado».

Evangelio de Lucas 18,9-14

- La motivación de Jesús para contar la parábola ha sido la comparación que algunas personas religiosas establecían con respecto a otras, a las que no veían como «semejantes».
- En efecto, lo que destacan estas personas son las diferencias. Concretamente, su superioridad.
- Por otro lado lo característico de su actitud es la «**CONFIANZA EN SÍ MISMOS** como justos».
- Hacia allí Jesús dirige su atención: ¿pueden ellos confiar en su **PROPIA** justicia?



La sinceridad del fariseo

«El fariseo, de pie, oraba para sí: "Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago la décima parte de todas mis entradas"» (Lc 18,11-12).

■ La descripción que el fariseo hace de sí mismo corresponde a la que la opinión pública tenía de este grupo religioso:

«Los fariseos profesan un modo de vida muy sencillo, sin ninguna concesión a la comodidad, y regulan su aprecio de los bienes por el juicio que les ha transmitido la razón, opinando que deben empeñarse en observar lo que ella les dicta... Las ciudades habían rendido homenaje a tantas virtudes, aplicándose a lo que hay de más perfecto en ellos tanto en la práctica como en la doctrina» (cf. Josefo, *Antigüedades* XVIII,12-14).

■ No hay por qué suponer que lo que expresa en su oración no corresponda con lo que vive realmente. De hecho esta parábola no cuestiona la sinceridad del fariseo.

■ Hasta llega a reconocer como un don divino el que pueda obrar de ese modo... a diferencia de «los demás hombres». Por eso se muestra agradecido ante esa gracia.



La mala conciencia del publicano

«En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se animaba siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador!"» (Lc 18,13).

- Por otro lado la opinión que el publicano tiene de sí corresponde también a la que el público tiene de los que desempeñaban tal oficio.
- La mala reputación no se debía sólo a que recaudaban tributos que se enviaban en buena parte a Roma. También los romanos odiaban a los publicanos por ser estafadores y cobrar lo que se les antojaba:

El publicano es como una garganta que todo lo traga, pero que nunca se sacia (*Aristófanes, Caballeros 248*).

«Ante los repetidos reclamos del pueblo, que protestaba de los excesos de los publicanos, Nerón ordenó por un edicto que se fijaran en lugar visible todas las leyes fiscales, mantenidas ocultas hasta la fecha» (*Tácito, Anales 50-51*).

«Estamos cansados y disgustados con los recaudadores de impuestos, no cuando descubren los artículos que importamos abiertamente, sino cuando, al buscar mercancías ocultas, revisan el equipaje y propiedades de las personas. Y, sin embargo, la ley les permite actuar de ese modo, y ellos saldrían perdiendo si no lo hicieran» (*Plutarco, Sobre la Curiosidad 518E*).



Los méritos adquiridos

■ No hay por qué dudar de que el fariseo fuera una buena persona, sobre todo si era cierto todo lo que expresaba en su oración. Algo parecido había expresado Nehemías, que había contribuido a la restauración religiosa judía después del destierro:

«¡Acuérdate, Dios mío, para mi bien, de todo lo que hice por este pueblo!» (Neh 5,19).

«Por todo esto, ¡acuérdate de mí, Dios mío, y no olvides las obras de piedad que realicé por la Casa de mi Dios y por su culto!» (13,14).

«Ordené a los levitas que se purificaran y fueran a custodiar las puertas, a fin de santificar el día sábado. También por esto, ¡acuérdate de mí, Dios mío, y ten piedad de mí, por tu gran fidelidad!» (13,22)

«¡Acuérdate de mí, Dios mío, para mi bien!» (13,31).

■ El fariseo también recuerda a Dios todo lo que ha hecho. Y esperaría, muy probablemente, como Nehemías, que sus buenas obras fueran algún día recompensadas. Así lo enseñaban los Padres:

«Has de saber que todo se hace según cuenta» (Mishná Abot 4,22)

«A la medida del esfuerzo será la recompensa» (Mishná Abot 5,23)



La libertad de Dios

«Les aseguro que este último volvió a sus casa justificado más que aquel» (Lc 18,14).

- El juicio de Jesús sobre estos dos hombres (sobre estas dos actitudes) es desconcertante: es declarado más **JUSTO** (es decir, rectamente situado ante Dios), no la persona irreprochable, sino el que llevó un comportamiento cuestionable.
- El publicano es **JUSTIFICADO** (pasivo) no por sus malas acciones, sino por su pedido de misericordia, que es escuchado por Dios.
- El fariseo no pidió nada a Dios: «**oraba para sí**». Cuenta con lo que más tarde el fariseo Saulo llamará «**MI JUSTICIA**, la que viene de la Ley» (Flp 3,9).
- Mientras que el publicano pide perdón a Dios por sus deudas, el fariseo, al exponer sus méritos, transforma a Dios en su deudor. Dios estaría obligado a recompensarlo en el mundo venidero por todo lo bueno que ha hecho en el presente.
- La salvación es para ese hombre, y también para muchas personas religiosas, una conquista y un motivo de menosprecio hacia los demás.



Es Dios quien justifica

«Porque todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado» (Lc 18,14).

El Apóstol Pablo vivió aquello que relata la parábola:

- confió en la carne (es decir, en sus propias capacidades naturales) y, en lo que se refiere a la justicia que procede de la Ley, mantuvo una conducta irreprochable (Flp 3,4-6).
- Pero descubrió que ningún logro humano guarda proporción con la bienaventuranza que Dios otorga a los que confían en él (cf. 3,8).
- Para Pablo la salvación y pasó a ser gratitud y, por tanto, motivo de gratitud para con Dios. Ya no se sintió **JUSTO**, sino **JUSTIFICADO** por Dios.
- Dios es quien hace justos a los hombres y les posibilita tener una vida plena.
- El creyente no alcanza la salvación, sino que es alcanzado por ella, cuando reconoce su miseria y acepta la misericordia de Dios.
- También nosotros somos invitados en esta parábola a vivir la misma experiencia.

www.domingo.org.ar



Asociación Civil
Santo Domingo
de Guzmán

Viva en Gracia
Jóvenes 



Asociación Civil
Santo Domingo
de Guzmán